

ATHENEAE

ORGANO DEL
ATENEEO DE COSTA RICA

Núm. 5

Tomo II

SAN JOSÉ
COSTA RICA

1918

30 Cts.

TIP. TREJOS HNOS.

CREMA VIRGINEA

La mejor para quitar las pecas y las manchas de la cara.

BOTICA CENTRAL, SAN JOSE

PUROS FILIPINOS de las más afamadas fábricas de Manila

SHOYU KIKKOMAN salsa japonesa para las comidas

SAKEFUKI delicioso licor popular japonés

Canastillas, Petates, Pantuflas japoneses de todo estilo

LA MARINA

EDUARDO CASTRO SABORIO

APARTADO 979

TELEFONO 584

J. P. ZAPATA ENCUADERNACION

Se hacen los trabajos más finos y más baratos

Lo mejor en Centro América

150 varas al Sur de la Botica Francesa

LA MAS BARATA * LA MEJOR SURTIDA

LIBRERIA **TORMO** LIBRERIA

AVENIDA CENTRAL, FRENTE AL BANCO MERCANTIL

TOMO II

ATHENEA

No. 5

ORGANO DEL ATENEO DE COSTA RICA

Toda correspondencia relativa a ATHENEA
debe dirigirse al apartado 113

Discurso

pronunciado por el Lic. don Pedro Pérez Zeledón, en nombre del Colegio de Abogados de la República y del Ateneo de Costa Rica, en el acto de la inauguración de la estatua del Licenciado don Mauro Fernández, el 15 de Setiembre de 1918. ()*

SEÑORES:

En nombre del Colegio de Abogados de la República y por designación de su Junta de Gobierno, así como también en representación del Ateneo de Costa Rica, encargos que en sumo grado estimo, cábeme la honra de dirigiros la palabra en esta ocasión memorable, para tributar a la memoria del esclarecido señor don Mauro Fernández, Presidente que fué varias veces de aquella Corporación, el testimonio de ascendrado cariño y creciente admiración de parte de todos sus antiguos compañeros, por la vasta labor civilizadora que en pro de los más caros intereses de la Patria, tuvo la inmarcesible gloria de llevar a cabo, ya en calidad de Jefe de los departamentos de Hacienda e Instrucción Pública bajo la administración del General Soto, ya como diputado y Presidente del Poder Legislativo, ya en fin como particular, desde su modesto gabinete de hondo pensador, guía, luz y árbitro de la opinión dirigente del país.

Tarea ardua es la que se me ha impuesto con harto agrado mío, si se tiene en cuenta que los más insignes oradores de nuestra tierra y sus escritores más conspicuos han hecho, a porfía, la apoteosis del señor Fernández; sin que, al parecer quede a mano utilizable, a esta hora, elogio alguno digno de él para ofenderle. Aun la erección de la egregia estatua del prócer, inaugurada en este día, no es con verdad cosa nueva.

Hace tiempo la irguieron tres escultores

de la palabra, maestros consumados en su arte, Jiménez, Astúa y Zambrana, como voceros de los Poderes Supremos de la Nación, acordes en declarar que la efigie del señor Fernández, aun antes de la muerte de éste, quedó indeleblemente grabada nada menos que en el sitio por excelencia propio de ella, el corazón de sus conciudadanos.

Vino en seguida muchedumbre innumera de alumnos de todas las esuelas de la República a confirmar, por un a modo de plebiscito de la adolescencia nacional, el decreto de los grandes maestros, con la prestación de sendos óbolos para cubrir el costo de la efigie en bronce del maestro de maestros, amigo cariñoso de los niños.

Esta uniformidad de pareceres significativa. Significa que el país en masa, representado por lo que en él más vale, que son la generación que se va y la generación que viene; sin voto discrepante, es quien yergue el monumento. Significa que cuando don Luis Castro Ureña, refiriéndose al señor Fernández, dijo en vida del prócer: «Ha de ser siempre honrado y enaltecido como uno de los más eximios benefactores de la Patria», no se equivocó. Significa que tampoco hubo error cuando don Adán Saborío, hablando del señor Fernández, profirió este juicio: «El primero de los costarricenses por sus luces y por sus virtudes». Significa, en fin, que estuvo en lo justo el Dr. Zelaya cuando emitió el concepto de que el señor Fernández es una «gloria nacional».

(*) Por su doble representación y por derecho propio, ninguno más autorizado que el Lic. Pérez Zeledón para oficiar en el altar elevado a la gloria de don Mauro Fernández y de quien fue ilustre colaborador. ATHENEA publica en sus columnas de honor el magistral estudio, y el Ateneo de Costa Rica consigna su agradecimiento a su digno comisionado en la inauguración del Monumento.

Al correr del tiempo y en proporción geométrica ha ido agrandándose, año por año, la colosal, esplendorosa figura de don Mauro Fernández; y tanto más crecerá en lo futuro, cuanto más se difunda el conocimiento de sus dotes maravillosas y de sus excelsas cualidades, y cuanto más se ahonde en ese conocimiento. El estudio reposado de tan bello ejemplar de estadista y patriota es, a mi ver, la más cumplida y provechosa lección que, así el niño como el adulto coterráneos, pueden y deben recibir, para su mayor perfeccionamiento moral.

Desde este punto de vista no vacilaría yo en afirmar que don Mauro (llamémoslo así cariñosamente) es el BENJAMÍN FRANKLIN COSTARRICENSE, aun más que el HORACIO Mann de nuestra tierra, como se ha dicho.

Ensayaré hacer someramente ese estudio, dividiéndolo en dos partes, el hombre privado y el hombre público.

El hombre privado

Ancho pedestal de nuestro gran modelo fué su hombría de bien, a carta cabal, en la vida privada. Ese hecho fundamental es axiomático en Costa Rica, y siempre lo fué; mas si fuera menester una demostración, acudiría ante el tribunal sin recurso de la Historia, con el testimonio de dos preclaros costarricenses: el uno, González Víquez, diría: como ha dicho: «tuvo una vida ejemplar»; el otro, Jiménez, añadiría: «de costumbres puras que nunca conoció el yugo de ningún vicio».

Hay aún otro testimonio más valioso, la propia conciencia del señor Fernández; oído: «Anoche hubo baile espléndido como nunca en... Cumplí mis deberes con ésta, con aquélla y con la de más allá, y me retiré a las 3 a. m. Ya en mi lecho, hice exámen de conciencia y nada, amigo, tranquila la regañona, como si no hubiera estado a prueba toda la noche: nada me reprochó».

Tal era el hombre; y haya indulgencia para quien, sin autorización de nadie, al cabo de treinta años largos, divulga tan preciosa confidencia.

Fueron los venturosos padres de don Mauro don Aureliano Fernández y doña Mercedes Acuña. Por la línea paterna aportó el hijo estas nobles cualidades y virtudes: admirable despejo intelectual; entusiasta arrebató en la prosecución de sus ideales; sociabilidad; derroche de los ricos dones de su amistad; solidaridad familiar; aptitud para el perdón de la ofensa y también para el olvido de ella, ambos por acto simultáneo, instintivo, diríase maquinal; ardor de imaginación; agresividad y empuje en el preciso instante requerido; visión clara de lo lejano y de lo confuso en el espacio y en el tiempo; insaciable afán de propaganda de ideas, principios y causas buenas, nobles y levantadas, cuyo

apostolado y aun martirio asumía gozoso, por movimiento espontáneo y natural; instinto músico; carácter eminente comunicativo, en raro consorcio con el hábito adquirido de la reserva prudente y necesaria; amor a los viajes; perfecto dominio de los números y afición al comercio y a la banca; estas bellas cualidades han solido resplandecer en algunos de los miembros más distinguidos de la familia Fernández; por supuesto no juntas, como en don Mauro, por singular concesión del cielo, se reunieron.

De la buena y santa madre, a favor de quien confesaba el hijo esta formidable deuda: «Todo cuanto soy y cuanto valgo lo debo exclusivamente a mi madre», por haber quedado huérfano de padre en la infancia, derivó el señor Fernández las siguientes dotes:

Método; limpieza de pensamiento y de corazón; limpieza de manos y de boca; limpieza de traje y habitación; caridad; prudencia; perseverancia; propia estimación; cuidado exquisito, pero altamente disciplinado, de su inseparable bestia (así llamaba a su propio cuerpo); espíritu docente; serena canformidad con la desgracia irremediable; amor a las criaturas inferiores, y aun a los seres no animados que embellecen la creación; industria; atildamiento; atención para detalles; devoción conyugal; perenne consulta de la conciencia; mansedumbre; anhelo de la paz; fortaleza de alma; medicación generosa de la dolencia espiritual agena.

La grata compañera de vida de don Mauro, añadió a la esmerada educación doméstica de su consorte, a su primera y segunda enseñanza y a su amplia instrucción universitaria, nuevos medios, aspiraciones y recursos del gran caudal de que ella, mujer de poderosa inteligencia, sabia institutriz, nacida, educada y pulida en Inglaterra, disponía, a saber: perfecta y acabada posesión del habla inglesa, no ya para la simple interpretación verbal o escrita del lenguaje científico más elevado, sino para conferir en esta lengua, como lo hizo gallardamente don Mauro en grandes e ilustradas asambleas de Estado Unidos e Islas Británicas; optimismo que pudiera decirse rematado, por la inconmensurable confianza de ambos cónyuges en la bondad esencial de la humana especie; marcado tinte anglosajón en ideas, prácticas, costumbres, gustos y tendencias; y celosísima, británica averiguación del hecho efectivo, para cimentar la determinación sobre base estable, segura, indestructible.

Era de sentir el doctor Holmes que la educación del niño debía comenzar, cuando menos, doscientos años antes de su nacimiento; asimismo pensaba el señor Fernández; y por esto confió una vez a un amigo suyo este primor autobiográfico: «Por veces casi me convenzo de que lo único que yo

tengo es UN POCO DE CORAZÓN, Y MUCHA, MUCHÍSIMA FÉ en cuatro verdades sintéticas, que hallo en mí y no sé si son herencia de siglos, o cómo las he adquirido. Cuando concluya mis estudios de Spéncer, le daré toda mi doctrina. Estoy ahora en el estudio de la Sociología, de la cual devoro cada noche, como ración fija, diez fojas».

Después del *vir bonus*, resalta en el Sr. Fernández el filósofo, en el sano y correcto sentido de la palabra: enamorado de la sabiduría. Dejando a un lado la parte especulativa de su sistema filosófico, que nos llevaría muy lejos, tenemos condensada su rica experiencia en breves sentencias, formuladas para el consumo diario, propio y ajeno, y de ellas dará alguna idea la siguiente muestra.

No hay que sentarse a llorar sobre ruinas. «Al contrario, tras el fracaso, debe uno erigirse y evocar toda la reserva de fuerzas que han quedado inactivas, para emprender de nuevo la obra y conducirla a feliz término, sin lágrimas ni recriminaciones, con el ánimo tranquilo y el corazón henchido de esperanzas». «El que se sienta, sentado se queda». «De holgado tiempo dispondremos en la tumba para el descanso».

Bien sabido es que el lema de don Mauro reza así: NIHIL DESPERANDUM.

Piedra no rodada y mucho, por las corrientes a causa de su aspereza, de nada sirve. El hombre que no ha almacenado, en grande escala, pesares, amarguras, descalabros, etcétera, en la vida, es piedra de filos agudos y cortantes; ser egoísta incapaz de conmiseración; esclavo de su orgullo, jamás limado y siempre dispuesto a la malevolencia».

Importa cuidar la bestia. El señor Fernández distinguía constantemente en la vida corriente, el ser inteligente, racional, que en nosotros hay; y el ser corpóreo, material, que sirve al primero de morada, de instrumento; a veces esclavo rebelde, malévolo, torpe, enfermizo; o bien servidor obediente y cumplido. Para que llene bien sus fines este subordinado, segundo yo, ha de ser objeto de cuidados especiales; han de concedérsele sus legítimos derechos; fraternizar con él en lo justo y razonable; refrenar sus malos instintos; celar sus hábitos; educarlo; corregirlo con sanciones adecuadas, y jamás permitir que haga dejación de sus perentorias obligaciones. Esta bestia que nos acompaña siempre, y sumisa nos lleva y trae, de donde y a donde nos place, agradece intensamente y paga muy bien ciertos regalos, que estamos en el deber de procurarle, como son: alimento sencillo, sano y nutritivo; siete horas de descanso nocturno; baño diario al despertar; baño de sol en seguida, con ejercicio moderado al aire libre, y algunos otros higiénicos cuidados que nuestra inconsecuencia niega, por ignorancia o por desidia, a tan generoso aliado.

Si no quieres que la cosa se sepa no la hagas. Nada bajo el sol alcanza el privilegio de quedar ignorado siempre. Tarde o temprano, todo se descubre. Es menester que tome arraigo en nuestras conciencias esta indisputable verdad. ¡Cuántos crímenes, cuántas faltas, flaquezas y errores se evitarían, si cada cual llegara a convencerse de que la cosa indefectiblemente tiene que salir a plaza, avergonzándonos como agentes responsables de ella!

Fernández, en consecuencia, jamás pensó, creyó, dijo, mantuvo, ni siquiera dejó entender cosa alguna, que no pudiera en cualquier instante ser lanzada a todos los vientos de la rosa náutica, como acto limpio, justo, correcto, laudable y honroso.

¡Manjar indigesto! Esta era la expresión de don Mauro para refrenar instantáneamente a quienquiera, deudo, amigo o indiferente, que ante él incurriese en el feo vicio de la maledicencia. Por su parte ejercía al respecto un control perfecto. Era aquella boca manantial perenne e inagotable de consejos sabios, de generosos estímulos, de oportunos consuelos, que valían al agraciado tanto o más que perlas, esmeraldas y rubíes; pero de ella jamás logró escapar un solo monosílabo lesivo, no ya de la honra, pero ni aún de la susceptibilidad de la persona más humilde.

A los amigos hay que conocerlos, pero no perderlos. Podía el señor Fernández resignarse a perder cuanto susceptible de perderse hay en el mundo, inclusive su fortuna cabal, con el fruto del trabajo futuro de largos años por añadidura, como le aconteció; pero le faltaban fuerzas para perder una riqueza que estimaba en mucho más que el oro, el poder y los honores; a saber, un amigo. Descubierta el error, flaqueza, inconsecuencia, y aún deslealtad del culpado, surgía ante los ojos de don Mauro un grave problema, para la solución del cual, a fuer de buen matemático y de buen economista, comenzaba por eliminar lo inútil, esto es: la ira, el encono, el reproche, el desprecio, la venganza y todo sentimiento ruin, pasiones que jamás tuvieron hospitalidad en su hidalgo pecho. Dominada la bestia, con su voluntad férrea a veces, con el apaciguador recurso de la música, en otras, su magnanimidad encontraba pronto una solución honrosa y eficaz. Si su fertilidad de recursos no salía triunfante, caso que rara vez se dió, decía, «Nihil desperandum!» Ayudémonos del tiempo, que sabe hacer milagros, y, entre tanto, de mi parte y de parte de los míos, tan buen amigo como antes. Así reconquistó aquel hombre extraordinario amistades que, si definitivamente hubieran quedado trocadas por el sentimiento contrario, le habrían causado amarguras infinitas; porque no hay enemistad tan cruel y despiadada, como la del hermano y del que fué amigo. Vueltas aquellas a su pristino estado, por circunstancias

advertencias que nunca faltan, llenaban de alborozo el amante y admirable corazón de nuestro filósofo.

Jamás cultive usted el odio. «No solo es amarga por excelencia esta planta, decía, sino también mortalmente venenosa, en especial para su cultivador: amemos a todo el mundo, inclusive el bruto que, en verdad es nuestro hermano, pero ¿aborrecer? a nadie; no, ni aún a quien públicamente se precie de aborrecernos».

Mas la cualidad fundamental y suprema del carácter del señor Fernández, cualidad que encierra en sí todas las demás que lo adornan; ya fuese adquirida, o bien herencia feliz de remotos progenitores, a través de siglos; de continuo abonada y regada con esmero por la mano distra y amorosa de dos mujeres sublimes, la madre abnegada y la incomparable esposa; cualidad para el culto de la cual tenía el prócer erguido un templo en el que oficiaba como gran pontífice, fué la *benevolencia*; cuyo decálogo hubo de ensanchar y dilatar a límites tan extensos como éstos: querer el bien de todo ser, grande o pequeño, racional o bruto, bello o deforme, virtuoso o protervo, niño, joven o anciano; querer el bien de todo cuanto alienta, ama, aborrece, radica, estacionario o se mueve, nada, salta, o vuela.

En síntesis, señores, séame lícito recordar la perfecta descripción del alma del señor Fernández, que debemos al insigne orador señor Astúa: «... en la personalidad del señor Fernández se armonizaban a maravilla, como notas musicales de un acorde perfecto, los más elevados atributos de la humana naturaleza: inteligencia robusta, de amplias perspectivas; corazón generoso; sensibilidad exquisita; voluntad firme; ánimo de valiente; fe de innovador».

El hombre público

La opinión autorizada de un juez irrepachable, don Ricardo Jiménez, acerca de los méritos del señor Fernández, es ésta: «... fué uno de los ejemplares más cumplidos del ciudadano, del estadista y del patriota. Dotólo la naturaleza, para servicio de su Patria... de las más variadas y excelsas cualidades: ...intelecto familiarizado con cuanta noción el hombre público ha de poseer...; espíritu curioso que vaga por el pensamiento de los pueblos más cultos de la tierra para aportar luego, como una industriosa abeja de oro, a la colmena patria, la miel de su botín; príncipe de nuestros oradores parlamentarios palabra fluida, persuasiva, pintoresca, de aspectos tan variados como los de nuestra naturaleza, de interés sostenido siempre aun aplicada a los temas más triviales, o más áridos, y de una alta elocuencia cuando la magnitud del asunto caldeaba sus emociones; continuidad en el esfuerzo; resistencia increíble en el

trabajo; don de gentes y tacto social exquisitos...; sangre fría inalterable; ánimo esforzado para quien el clamor de las oposiciones que él creía injustas, nunca infundió miedo y más bien susurraba en sus oídos como un hurra de aliento; ideales que no tuvieron ocaso en su espíritu...; imaginación inquieta que lo empujaba a desear nuevas condiciones de vida social más justas, más sanas, más humanas, y a las que servían de lastre un profundo sentido de lo real y una larga experiencia de los negocios y de la vida...; y por último sensible a todo soplo del progreso e indiferente a la acción de las fuerzas retrógradas del pasado... Por esas cualidades, difíciles de encontrar separadas y mucho más difícil de encontrar en consorcio, fué don Mauro Fernández, en todo el discurso de la historia patria, nuestro gran Ministro de Hacienda en cuyo tiempo y en gran parte debido a su habilidad financiera ascendió a su cenit nuestro crédito público; y sobre todo fué nuestro gran Ministro de Instrucción Pública, el Ministro de Instrucción Pública por excelencia, cuyo soplo titánico, como el de un nuevo Eolo, ha hinchado y sigue hinchando las velas de la República, en su navegación hacia las tierras vírgenes de una mayor libertad, de una asistencia de hermanos más cumplida, de una mejor comprensión de nuestros destinos y del modo de realizarlos, y de una más amplia civilización».

Todo lo dicho es la justa y correcta exposición de la verdad. Nada debiera añadir a tan magno y cumplido elogio; pero hay detalles que no resisto al deseo de producir.

Alguien ha sostenido que la grandeza del genio de Napoleón consistió, antes que en cualquier otra cosa, en el poder de voluntad de que dispuso para concentrar en el hueco de la mano, todos y cada uno de los infinitos detalles de la organización de sus numerosos ejércitos, ya estacionarios, ya en marcha, ya en combate. Sus capitanes temblaban ante el peligro de cometer errores, porque éstos eran inmediata e indefectiblemente descubiertos y reprimidos por la magna labor de escrutinio del Soberano, hecha en persona con grave detrimento de su sueño. Algo semejante le sucedía al señor Fernández. Tras el matutino baño de sol, el gran Ministro de Hacienda emprendía la revisión general de las operaciones financieras del día precedente, cuyo extracto enviaban antes de la noche todas las administraciones sujetas a su control; por manera que, al cabo de unas cuantas horas no existía detalle de la gran máquina de la hacienda nacional ignorado por el Jefe. Esto, agregado a sus demás ocupaciones, supone una suma colosal de trabajo; pero aquí viene a cuento recordar la capacidad ilimitada de aquella constitución, al parecer endeble, para resistir tan prolongado y agotador esfuerzo.

Concluida semejante tarea, que no se interrumpía por ninguna consideración, abríase la audiencia pública, se hacía el despacho ordinario y se acudía al Consejo de Gobierno. En su apacible hogar y pasada la comida, se hacía algo de música, se pasaba un rato en amena tertulia, se aislaba el señor Fernández en su biblioteca, para dedicarse a sus lucubraciones filosóficas y llegaba el momento de buscar reparador descanso. Para matar desvelos estaban a mano uno o dos volúmenes escogidos, suficientes cuartillas y un lápiz bien afilado.

Recibió las rentas públicas y el crédito nacional en insólita exhaustez; pero en poco tiempo las áreas se colmaron y el crédito creció y floreció como en los mejores días de la República. La leyenda «No hay sello» fué a dar al rincón de los trastos inservibles, y los acreedores del Estado y los servidores públicos contaron en adelante con sus haberes a exacto vencimiento.

En setiembre de 1887 escribía don Mauro a persona ausente, de su cariño: «Pienso llamar a los tenedores de cédulas para el 30 de este mes.—Quiero anticiparles la cancelación de sus créditos, y aunque algunos rabiarian, que rabien. Saldaremos, pues, la deuda interior antes del plazo. No crea que es ronca».

En el ramo de Instrucción Pública, la obra imperecedera de don Mauro Fernández fué la reforma, total y completa, de la enseñanza nacional; labor cuyo mérito aislado le habría abierto las puertas de la inmortalidad. Desgraciadamente la evolución quedó huérfana en 1889, a consecuencia del movimiento político que puso término a la administración del General Soto. Ingente ha sido la suma de millones que en el tercio de siglo siguiente se ha invertido en redondear y perfeccionar aquella obra; y es de justicia reconocer y aplaudir el merecimiento de los gobiernos posteriores, que en verdad, no omitieron esfuerzo ni sacrificio, para alcanzar la meta apetecida.

Quizás me conduzca a error la tendencia pesimista a que suelo inclinarme en la vida usual, y no sin desconfianza me veo en el caso de emitir la idea de que, a pesar de todo, la educación costarricense se acerca a un tremendo fracaso, no imputable por cierto a su esforzado Apóstol, sino a causas ajenas a su pensamiento, posteriores a su acción, que las personas entendidas habrán de escrutar, y las autoridades del ramo se empeñarán en remediar, como la más grata ofrenda y la más propia muestra de reconocimiento que pueden hacerse, y son debidas, a la memoria venerada del señor Fernández. En apoyo de mi desapacible tesis, podría invocar cantidad de hechos positivos, incontestables, diametralmente opuestos a las tendencias, ideales, medios y fines del vasto y patriótico plan de quien, de puerta en puerta, llamó en todos los hogares costarricenses de ciudades y cam-

pos, al decir del doctor Zambrana, para distribuir el pan eucarístico de la educación común; pero bastará citar uno.

La resistencia que la vasta máquina de la instrucción pública ha exhibido en su gigantea lucha con el vicio y la corrupción, así en el dominio privado como en las palpitaciones de la vida nacional, por lo tenue e inadecuada, asombra y entristece al observador, propio y extraño. Dichos cánceres sociales, incontinentes, despliegan radiantes a la vista de todos, diríase indiferentes, sus amenazantes banderas negras, de lucha sin tregua ni cuartel, en todos los ámbitos del territorio nacional.

Pues con tan pobre poder de resistencia para contener el avance general del enemigo, no es dable la realización de la aspiración vehemente del señor Fernández, aquélla a que se dirigían todos sus pensamientos y esfuerzos, el establecimiento sólido, duradero e indestructible de una República de verdad. De esa República ideal nos habla don Ricardo Jiménez así:

«Que la energía del señor Fernández, como el sol, que después de haber desaparecido tras los montes del poniente, sigue conduciendo a la tierra a través del espacio, continúe ejerciendo su benéfica influencia en nuestros espíritus, sobre todo para perseverar en la realización de su sueño querido de entregar nuestro suelo, en el que duermen los mayores, y nuestra historia, que conserva sus penalidades, sus altos hechos, sus aspiraciones, a una generación cada vez mejor por su cultura, cada vez mejor por su voluntad más derecha y más fuerte, a una generación que realice la Costa Rica ideal que deslumbró, amó y sirvió, con ardor que los años no apagaron, el prócer a quien mis labios, indignos de la ocasión, consagraron, por mandato honoroso del Congreso, el piadoso homenaje de un adiós definitivo, al despedirlo del recinto que ennoblecieron sus discursos y en cuyos ámbitos, por dicha para la República, apenas suena, cada vez más débil, el eco de su inspirada palabra, ya hoy dormida para siempre».

La reflexión expuesta y muchas otras palpables, que no caben dentro del marco de mi discurso, patentizan, a mi ver, por modo irrefragable, que en el complicado mecanismo de Instrucción Pública, (como en otros mecanismos del Estado) hacen falta ejes, palancas, resortes y engranajes esenciales; esto es, una buena cantidad de elementos y condiciones, cuya ausencia origina el malogro del notabilísimo, acariciado propósito del señor Fernández y sus bien intencionados continuadores.

La reforma escolar de 1886 ha alcanzado la edad de 32 años, por manera que los niños de 7 a 14 de entonces, son adultos de 39 a 46 años en el día, y debieran junto con las tres generaciones escolares subsiguientes haber constituido, desde mucho

tiempo atrás, un baluarte impugnable capaz de garantizar el mejoramiento de la moralidad pública y la estabilidad de nuestras instituciones democráticas, si aquella reforma no hubiera sido desvirtuada por hechos y omisiones, que evidentemente la han contrarrestado. De nada sirve que el número de analfabetos haya disminuido visiblemente, cuando vemos triunfante algo, mucho más temible para el bienestar social, que la simple ignorancia, felizmente erradicada de nuestro suelo.

Es de esperarse que esta hermosa fiesta del patriotismo sirva de acicate para que, sin pérdida de momento, se enderece lo que está torcido, y se reemplace con el hecho real y verdadero la ficción dorada.

Tiempo es de terminar mi largo discurso,

faltándome solo decir que don Mauro Fernández, prácticamente ejerció un poder omnímodo en los departamentos de su cargo, por confianza ilimitada de su digno Jefe. Derramó el bien a mano llena, sin más coacción que la de su palabra persuasiva y la de su avasallador ejemplo y a nadie hizo brotar una lágrima, que no fuera de gratitud.

Fué así como, al terminar su gloriosa carrera, aquel espejo de hombres buenos, pudo decir y dijo: «Muero en paz con Dios y con los hombres»; y es así como podemos decir nosotros ahora: *Murió como vivió y sobrevive en nuestros corazones, siempre en paz con Dios, siempre en gracia de los hombres.*

He dicho.

Notas de la Guerra



LA BATALLA EN PICARDIA

Grupo de aviadores alemanes prisioneros

Dejad que digan, dejaos insultar, procesar, encarcelar; dejaos ahorcar si es preciso; pero publicad vuestros

pensamientos. No es un derecho, es un deber de quien tenga ideas darlas a luz.—*Courier.*

Las dos vidas

Paráfrasis de Rabindranath Tagore

Al pasar los umbrales de la vida,
yo no tuve conciencia del instante
en que senti la luz en mi semblante,
y a esta playa arribé, desconocida.

¿Qué fuerza enorme y singular es ésta
que a este misterio que mi labio nombra,
me hizo brotar, como en nocturna sombra
suele abrirse la flor en la floresta?

Cuando mis ojos fascinados vieron
la sorprendente luz de esa mañana,
en esta tierra que juzgué inhumana,
con deleite y bondad me recibieron;

Y extranjero no fui; lo que pensaba
encontrar sin piedad, desconocido,
mi madre fué que a mi primer vagido,
con ternura indecible me abrazaba.

En la muerte también, de igual manera,
eso que ignoro y que a temer me obliga,
a mi encuentro vendrá, como una amiga,
a ofrecerme su ayuda, placentera.

Y, pues amo la vida, juzgo bueno
amar la muerte con igual cariño:
si agota un seno de su madre, el niño,
ella le brinda con el otro seno.

J. M. Alfaro Cooper

21 de julio de 1918.

Un llamamiento

Nuestro apreciado compañero el Licdo. don Luis Castro Saborío, ha recibido de La Plata, República Argentina, una carta que le dirigen dos jurisconsultos y hombres de letras, los señores Bassani y Lage, en que le piden su valiosa labor y le ruegan enviar a la gran República del Sur la de los costaricenses que quieran contribuir con lo suyo a la labor de difusión americana que se proponen.

Quieren los ilustres publicistas ha-

cer conocer lo mejor posible a los literatos y hombres de ciencia de América, y al efecto, piden la colaboración de artículos y obras de los costaricenses. En el próximo mes se publicará el primer número de la revista que han fundado y para entonces esperan nuestras noticias. Nosotros publicamos con gusto este llamamiento y esperamos que nuestros autores nacionales se verán con el Licdo. Castro Saborío para los fines consiguientes.

PAGINAS DE ANTAÑO (*)

Una patinadora de Washington

A mi buen amigo Pío Viquez

Estaba por fin en el Roller Skating Rink. Ante mi vista se extendía el salón, casi circular e inmenso. Mi primer movimiento fué llevarme la mano a los ojos. Llegando de la oscuridad de la calle, aquella luz arrojada por una infinidad de lámparas eléctricas de diversos colores, producía, al entrar, una impresión demasiado fuerte, un deslumbramiento desagradable. Recorría uno las paredes y su blancura hiriente no se interrumpía sino con los colores de los escudos de armas de los treinta y ocho Estados de la Unión, y con un estrado, que brotaba del muro, sin apoyo en el piso ni arriba, y en el cual los instrumentos de metal de la orquesta bañados por la luz, parecían abrasarse en un incendio. Para reposar la mirada inútilmente volvía los ojos al cielo raso; era aquello una prolongación indefinida de los colores brillantes de la bandera nacional, que en pliegues ininterrumpidos se adhería al techo y lo ocultaba, a la manera que las inflamadas nubes de la ma-

ñana o la tarde hacen desaparecer en el horizonte, el fondo del cielo. Bajaba la vista ofuscado, pero el deslumbramiento no concluía. El piso, perfectamente lustroso con el frote de los patines, devolvía inclemente la claridad cegadora de que estaba saturado el salón.

Mas, pasados algunos momentos, mi pupila se fué acostumbrando a aquella atmósfera, mi primer malestar desapareció y presa de una dulce sorpresa, pronto me entregué a saciar mi curiosidad, excitada por aquella fiesta desconocida.

Cuando entré, el Rink estaba casi solo. A largos intervalos pasaba delante de mí uno que otro niño y uno que otro aprendiz, deslizándose titubeantes. Estos temerosos de ser arrastrados por la turba de patinadores que debía invadir bien pronto el salón, y más que todo, por evitar las risas de sus caídas, casi seguras, que habrían de provocar, aprovechaban aquella soledad relativa para hacer sus primeros y usados ensayos.

(*) En esta sección que hoy iniciamos reproduciremos las páginas de nuestros escritores, que nos parezcan dignas de nueva actualidad, bien por la belleza de la forma o por ser curiosos documentos del pasado.

Al principio era fácil darse cuenta de quienes entraban, y seguir con la vista a las nuevas patinadoras, que generalmente se deslizaban en la sala cogidas unas de otras, de dos en dos, de tres en tres.

Así daban unas cuantas vueltas al salón y cruzaban breves palabras y sonrisas de saludo con sus amigos y conocidos; y si eran bonitas, en seguida acudían jóvenes que separaban aquellos apetitosos racimos. Y esto se hacía sin que nadie se detuviera, sin que los patines dejaran de rodar un instante.

A la media hora era ya imposible percibir esos detalles. Un torrente penetraba en el salón, llenándolo sin intermitencia; y aquel gentío, cada vez acrecido, lo ahogaba como una marea creciente.

Estando el Skating de tal modo repleto, no me explicaba cómo en aquella manera de correr no había a cada momento un choque. Pero todos, con una destreza increíble, caminaban unos tras otros, se evadían, se adelantaban, se detenían, se aceleraban, sin hacerse el menor daño, sin perder el ritmo de la orquesta, con más desembarazo que con el que se camina en un salón, con esa agilidad con que se mueven los peces en un vivero.

Aquella mezcla confusa de niños, hombres y mujeres; aquella variedad de vestidos y diversos tipos, característica de este país; la profusión de luz; los acordes de la música, a la que formaban acompañamiento el rumor sordo de los patines y el ruido de las voces y las risas; aquel acelerado movimiento con que todos pasaban y repasaban, sin tregua, cada vez más rápidos, como impelidos sin poderlo remediar, por un viento impetuoso o como si fueran ruedas de una inmensa máquina; aquel espectáculo fascinador de caleidoscopio; todo me hacía perder, por momentos, a mí, para quien aquello era nuevo, la conciencia de la realidad.

El deslizamiento precipitado de ciertos momentos no podía ser lle-

vado muy lejos por todo el mundo.

El cansancio diezmaba la multitud; los asientos que servían de cintura al salón, se ocultaron, primero de trecho en trecho, y luego totalmente; y sobre las bailarinas, palpitantes y fatigadas, que se sentaban a descansar, una bandada de abanicos batía sus alas. No quedaban en la sala sino aquellos que a fuerza de costumbre y habilidad, habían llegado a ser incansables. La misma música parecía necesitar algún respiro; las precipitadas notas del vals se fundían en las despaciosas de la mazorca; y cuando el movimiento de la música languidecía, languidecía también el movimiento de los danzantes.

Entonces mejor que nunca, era de verse la maestría con que algunos hombres, la gracia con que algunas mujeres rodaban sus patines; la fuga acorde de las parejas y los grupos; y la gentil manera como algunos abanicaban a sus favoritas revoloteando en torno suyo, en amplios círculos, al igual de mariposas que hacen el amor a una rosa.

En el aire de contento de algunas parejas, en lo radiante de sus miradas, en la sonrisa que iluminaba sus labios, en la indolencia de su balance se revelaba que sus corazones se movían en tan estrecho acorde como sus cuerpos; y que ellas no caminaban ya por la tierra, sino que vagaban por el espacio, sino que bogaban en pleno océano del ensueño.

Había allí una rica cosecha de mujeres bellas, pero sobre todo lucía una a quien no era posible ver pasar sin que los ojos no se fueran tras ella, fascinados. Era blonda, blondísima, de esa blancura y esa suavidad de cutis de las niñas rubias, cuando todavía no han recibido el beso ardiente del sol. Su cabello de un dorado encendido, de ese color de las águilas americanas, apenas salidas del troquel, despedía reflejos al menor movimiento de su cabeza, y parecía entonces ceñida de la aureola que los pintores ponen a sus vírgenes. Su boca de una sinuosidad exquisita

y voluptuosa se entreabría a veces, y dejaba entonces admirar lindos dientes, en los que se quebraba la luz, como en las facetas de una piedra preciosa; y sus ojos verdes, nítidos y húmedos como las fuentes de nuestros bosques, a las que sirven de lecho vivaces musgos, tenían una expresión de vaguedad, de misterio, de caricia a veces, a veces de dureza, que hacía pensar en aquellos mármoles vivos que creó Baudelaire, en sus «Flores del Mal», mitad mujeres, mitad esfinges, que infundían profundas e irremediables pasiones, dulces como un sueño de Oriente y fatales como un veneno.

Iba vestida de azul pavo-real y por supuesto, en aquella claridad de día tropical, el tono oscuro de su vestido cortaba perfectamente los contornos adorables de su cuerpo. Su deslizamiento rítmico, cadencioso, era una estrofa de Núñez de Arce; y a semejanza de esas aves de vuelo potente, que cruzan serenas el espacio sin que uno acierte a ver la agitación de sus alas, así corría ella sin que pudiera saberse dónde acababa el impulso que traía y dónde comenzaba uno nuevo. Jamás conservaba la línea vertical; alternativamente, con el movimiento de un verso, iba inclinada hacia un lado y hacia otro, en ángulos agudísimos, imposibles. A cada instante me parecía que ya ella no sería dueña de enderezarse, y que enseguida rodaría por el suelo. El junco elástico se agacha y besa el agua y vuelve a erguirse: así ella oscilaba, sin el menor esfuerzo, armoniosa, indefinidamente sujeta a la cadencia de la música.

Tras ella,—claro es,—corrían los deseos de los hombres ardientes, rabiosos, desesperados, como una jauría lanzada inútilmente tras una presa. Con la vista perdida a lo lejos, como si contemplara el espacio infinito, sin darse cuenta de su triunfo, o más bien desdendiéndolo, entregada por completo a su pasión de patinar.

«Elle allait son chemin, distraite et sans entendre, Le murmure d'amour qui s'élève sur ses pas».

Sonó de repente la señal de despedida. La música se extinguió. Cerca de mí había un asiento vacío y en él vino por casualidad a sentarse ella.

La excitación del movimiento y del placer encendía su rostro, con ese rubor que colora a las mujeres enardecidas por los trasportes de la pasión. El ejercicio había sido tan violento que se la sentía sudorosa, humeante, y de toda ella se desprendía ese olor incisivo, poderoso, irresistible de mujer joven que cuida con amor su cuerpo. Mientras su compañero, casi un niño, que traía a la memoria aquellos lindos pajecillos de las castellanas de los tiempos feudales, le desataba los patines, ella se abanicaba a toda prisa, haciendo volar los cabellos rebeldes de su nuca, dorados y sedosos; y al recibir aquel aire acariciador, que el abanico le enviaba a bocanadas, se inclinaba hacia atrás, enervada, en un espasmo voluptuoso, y dejaba admirar, en toda su plenitud, las riquezas de su busto virginal, cuyas redondeces de forma intachable, hacían que uno se preguntara a qué mármol glorioso las había ella robado.

Pronto se puso de pie, se arropó en los pliegues de su abrigo estrecho, que comprimía con delicia, diría uno, los tesoros de aquella niña, y echó a andar. Durante algunos instantes pude distinguirla por sus contornos, por el balance de sus caderas, por su peinado japonés, por aquellos cabellos de la nuca, blondos y rizados, que llevaban a los labios la cosquilla del beso; pero muy luego se perdió entre la multitud, que se agolpaba en la puerta de salida, en una confusión de rebaño.

Cuando todos hubieron salido, se apagaron, una después de otra las lámparas, como ojos que se cierran para dormir, y bien en breve el salón, rendido de fatiga, se sumió en un sueño profundo.

Ricardo Jiménez

De *Costa Rica Ilustrada*, San José, junio de 1887.



DOÑA ESMERALDA DE OREAMUNO

Doña ESMERALDA OREAMUNO de JIMENEZ

1834-† 1873.

El Poder es objeto de constante preocupación para los espíritus ambiciosos y fuente de satisfacciones para gente vulgar, que necesita darse lustre, pero los personajes de estatura moral elevada y las damas bien nacidas y austeras miran la Presidencia de la República como algo que sería mejor apartar del camino, como una tentación que rompe la vida apacible y tradicional anterior, sin ofrecer compensaciones estimables.

Don Francisco María Oreamuno es el patriarca que dió esta nota original y altiva en el cuadro de nuestra historia: renunció la presidencia, a los pocos meses de ejercerla y no hubo súplicas y amenazas que le hicieran revocar su decisión.

Peró no era el prócer cartaginés indiferente a la cosa pública. Sus trabajos anteriores dan testimonio brillante en contrario, y posteriormente a su elección a la primera magistratura, cuando la República atravesó la crisis de la invasión filibustera, vino a empuñar, como Vicepresidente, el mando supremo, y el cólera puso fin a sus días, mientras tenía sobre sus hombros las tremendas responsabilidades de la guerra.

Hija de un hombre de esa talla, nació doña Esmeralda, en Cartago, el 8 de Agosto de 1834 y por su madre, doña Agustina Gutiérrez, trajo, como en dote, el espíritu de caridad ferviente que caracteriza a una de las familias más numerosas y más distinguidas de nuestra sociedad.

Educada en el ambiente de dulzura doméstica, de prácticas piadosas, de sencillez conventual de la antigua Cartago, es posible imaginar el tesoro de virtudes de aquella niña de quince años, cuando obtuvo su mano, en enero de 1850, don Jesús Jiménez, el joven doctor y gentil caballero, recién llegado a la patria, después de terminar su profesión en Guatemala.

La popularidad fue para ambos un dón de nacimiento y presto se aumentó con legítimos timbres, después del ministerio, que en la Administración Montealegre, desempeñó don Jesús, lo que originó sin esfuerzo alguno, su elevación a la Presidencia en 1863 y también más tarde, para legalizar un golpe de Estado, en 1868.

Doña Esmeraldita, como le decían sus íntimos, apareció en la capital, en el esplendor de su juventud y de su inteligencia y se conserva de ella la impresión muy viva de la dama pequeñita, afable y dulce de trato, como genuina y refinada cartaginesa.

Su corazón soportó un martirio, al final del primer periodo presidencial. Perdió a su hija Julia, que sucumbió de una fiebre escarlatina, en la flor de la edad y de la belleza. Todos los honores palaciegos no borraron jamás de su memoria esa dolorosa e inmerecida prueba para su ternura maternal.

De su tacto femenino, de su buen juicio nativo, de la doble vista e intuición que revelan las mujeres superiores quedan muchos recuerdos y su marido confesaba que para su bien, aun en política, nunca debió apartarse del consejo de su amable compañera.

Murió prematuramente, en esta capital, a los 38 años, el 4 de enero de 1873.

En la Oficina de uno de nuestros grandes abogados, frente a una biblioteca, contemplábamos un retrato. Era una señora joven, de grandes ojos tristes, en cuyo semblante de indefinible expresión, se reflejaba la indiferencia señorial mezclada con una simpatía muy atrayente, en cierta ocasión preguntamos el nombre de la [dama que cautivaba nuestras miradas. Entonces estaba don Ricardo Jiménez, en el cenit de su brillante carrera pública y al saber que el retrato que decoraba su bufete, era el de doña Esmeralda Oreamuno, quedó para nosotras explicado el talismán, la clave del prestigio excepcional de su familia.

Triunfos de los costarricenses

Disidencia Literaria



DON JENARO CARDONA,

autor de "La Esfinge del Sendero"

ATHENEA se complace ofreciendo a sus lectores este valioso documento intelectual que se refiere a nuestro laureado compañero don Jenaro Cardona.

El doctor Zeballos, que firma esta disidencia literaria, es un publicista argentino, hombre de prestigio y de méritos que dirige la Revista de Derecho, Historia y Letras de Buenos Aires.—Al publicarse en la gran ciudad del Sur *La Esfinge del Sendero*, novela premiada en segundo lugar en el concurso que el Ateneo de Buenos Aires promovió el año antepasado, el doctor Zeballos acogió con calor la obra de nuestro compatriota y en un comentario bibliográfico declaró que el primer premio debía corresponder a *La Esfinge del Sendero* y no a *La Casa de los Cuervos de Hugo Wast*. Fue entonces cuando don Alberto del Solar, miembro del Jurado que otorgó esos premios, replicó al doctor Zeballos acerca de

su afirmación y trató de mantener su criterio en un juicio publicado en la revista *Nosotros*. El doctor Zeballos publicó en esa oportunidad el valioso artículo que hoy recoge *ATHENEA* y que servirá de prólogo a la nueva edición que se está haciendo en París de la obra premiada de nuestro compañero.—N. de la R.

Mi distinguido amigo Alberto del Solar, miembro del Jurado del Ateneo Nacional, que discutió y premió la novela del costarricense don Jenaro Cardona, titulada *LA ESFINGE DEL SENDERO*, ha publicado un juicio para fundar su disidencia con la nota bibliográfica que dediqué a la obra en *LA REVISTA DE DERECHO, HISTORIA Y LETRAS*, (Año XIV. Tomo LVI. abril de 1917). (1)

(1) Revista *NOSOTROS*. Abril de 1917. Sobre un Juicio Crítico.

No tengo tiempo para sostener discusiones de detalle; pero hago un paréntesis a mi programa diario notorio, para tributar el debido honor a aquella disidencia literaria.

Al sostener que «los méritos de forma, de gusto y de lenguaje» merecían el primer premio del Jurado, no eliminé por cierto, el carácter moral de la obra, como uno de los fundamentales del juicio. A menudo repito en la nota bibliográfica, y especialmente en su último párrafo, que considero «la obra moral y útil a la disciplina de la Iglesia» en su eterna lucha para formar un sacerdocio austero y extirpar el que explota el sagrado ministerio para alimentar los vicios, la avaricia y la usura. La disidencia es de carácter fundamental. Se trata simplemente del concepto de la moral, y del Solar la plantea con propiedad en estos términos:

«Es moral LA ESFINGE DEL SENDERO? Usted, mi distinguido Doctor, opina que sí; yo opino que no».

No es el caso de recordar a Spencer, como lo hace mi crítico, sobre las dos teorías contrarias a la moral.

Yo opino como del Solar, que la moral de la Iglesia es una y debe ser respetada por todos. Pero respetarla no es abandonarla a la degeneración que importa el vicio con el disfraz sacerdotal. La moral de la Iglesia exige que sus autoridades mantengan una mano de acero para conservar la disciplina del sacerdocio, ya que por las propias instituciones es tan difícil para éstos mantenerse dentro de las reglas austeras, dificultad que ha originado, aún dentro de la misma Iglesia, la discusión del problema de si no sería más conveniente permitir el casamiento sacerdotal para evitar la clandestinidad de vidas pecadoras...!

La observación de mi distinguido amigo y cofrade Solar, sobre la escabrosidad del estilo usado, es exacta; y yo mismo lo reconozco en la última frase de mi nota bibliográfica, al prevenir que su lectura no debía ser hecha por niñas. Pero ese realismo ha sido indispensable, porque no nace de una literatura intencionadamente erótica, sino como una consecuencia natural de los hechos narrados, que, por ser inmorales, no pueden presentarse en otra forma. ¡Son cuadros fotográficos!

Cuando dibujamos a un hombre libertino que, con traje talar, realiza todas las contorsiones del vicio, no sería posible describirlo como el San Francisco de Asís de Biondi, enjuto, doloroso y con mirada estática dirigida al cielo.... El dibujo del libertino que viola sus juramentos es simplemente el del libertinaje. De esta suerte la crudeza del estilo no es inusitada, maliciosa, ni artificial, sino natural.

Después de las digresiones anotadas, mi amable crítico documenta sus juicios. Llama «generalizadora» a la descripción del vicio hecha en esta obra, «defecto que ha-

ce inaceptable el libro como trabajo que pretende moralizar corrigiendo». No encuentra en las páginas de LA ESFINGE DEL SENDERO emociones estéticas suficientes para hacer repugnante el vicio; y en cuanto yo me he referido al P. Juan, agrega «que los párrafos que se dedican a la muerte del Padre Juan y otros, no bastan para fundar un ejemplo».

Desde luego, el fenómeno de que entre varios sacerdotes corrompidos figure solo uno virtuoso, no es un caso de generalización. Al contrario, es simplemente una localización en determinada comarca de la virtud y de los vicios. Señalar el desenfreno, conocido en todas partes del mundo, y especialmente en las campañas de Sud América, es un acto moralizador. Para fundar la opinión contraria, mi distinguido amigo Solar cita una serie de páginas, de párrafos truncos, de extractos de episodios de una inmoralidad indiscutible, si se les lee aisladamente y desgajados.

Pero ésta es justamente la exhibición del vicio que se trata de corregir, y sobre la sombra repugnante esperece luego luz bienhechora. Sin embargo—y esto me inclina a creer que el espíritu de mi crítico no ha conservado toda la serenidad necesaria al tratar la materia—se advierte que no reconoce al carácter del Padre Juan la intensidad que contiene la obra, una mitad de cuyas páginas—y son 500—está destinada a exaltar sus virtudes, lo cual es algo más, por cierto, que «los párrafos que se dedican a su muerte», según su afirmación de la página 439 de NOSOTROS. Es un panegírico hermoso del buen sacerdote.

No me parece que mi crítico haya profundizado y comprendido el carácter de la obra. Ella es de lucha y de combate. Tiene por objeto contribuir a la moralización del clero, preservar la honra de la Iglesia y hacer eficaz su acción entre la gente sencilla e indefensa, en cuyo ambiente el virus venenoso de un sacerdote es infinitamente más dañoso que el de varios laicos.

He notado en Buenos Aires, desde hace años, una degeneración religiosa, una tendencia a disculpar y a veces a proteger el vicio, cuando sus autores son sacerdotes o personas de la sociedad, que han hecho alarde de su gran fervor religioso. Entonces se invoca la solidaridad de los católicos, la tolerancia evangélica, para disculpar y aún evitar que los delincuentes vayan a la cárcel y sufran las penas condignas. Esta solidaridad es equivocada y contraria a la advertencia de Jesucristo. El castigo debe ser perseguido por los mismos católicos, y dársele ejemplarísimo por la intensidad del mal que causa la hipocresía, que, invocando el Evangelio, no es sino un lobo disfrazado de pastor. Hago al clero argentino, moral y virtuoso por regla general, el honor de pensar que él está de acuerdo conmigo, pues es el único camino para honrarse así

mismo y para mantener una acción religiosa cuya eficacia hasta ahora no ha sido intensa como es notorio, precisamente porque ha carecido de mayor autoridad moral, porque al lado de sus sabios sacerdotes hay un clero de misa y olla y de inmigración, cuya disciplina es difícil, pero necesario conservar.

La novela de Cardona es así instrumento de moralización. Es posible que un distinto grado de sensibilidad me haya inspirado repugnancia ante los vicios del Padre Félix y de su círculo, y admiración incondicional a las virtudes del Padre Juan, y que en el espíritu de mi distinguido crítico no hayan vibrado las íntimas emociones con la misma intensidad. Pero esta diferencia de grado en el temperamento no afecta el juicio fundamental de la obra.

El criterio de la moral en nuestro país es convencional. Constantemente asistimos a teatros y a cinematógrafos en que parte de la gente distinguida del grupo católico más exhibido siempre, alterna las fundadoras y elocuentes conferencias del Padre Andreu y del Padre Franceschi con los episodios escabrosísimos del vicio y del erotismo, a tal punto, que es justo llamar a este teatro gráfico *la escuela del beso*; y no es ciertamente del beso casto, maternal o filial, sino del beso lúbrico que se manifiesta en las formas más infinitas del sensualismo y casi de una manera obligatoria en las películas. Por lo general, esos dramas que las empresas teatrales suelen denunciar ellas mismas bajo la denominación de *noches blancas*, para evitar a la inexperiencia juvenil e infantil su contemplación, cuando falta la advertencia, dejan en el fondo de la sociedad que los contempla, una impresión contraria a la que LA ESFINGE DEL SENDERO ha producido en el ánimo de mi distinguido amigo. ¡Y aún a esas comedias y cintas *no blancas*, asisten numerosas niñas...!

La novela de un autor que me es absolutamente desconocido, cuyos antecedentes ignoro y por consiguiente, si es liberal o si es católico, se propone denunciar un mal que existe, combatirlo, hacerlo repugnante a la sociedad, para que contribuya extirparlo. Tal es la impresión que su empeño deja en mi espíritu, y lamento mi disidencia con Solar, al afirmar rotundamente que la obra no es inmoral. Me fundo para seguir la misma manera de argumentar de mi crítico, en el carácter del Padre Juan protagonista del libro.

Nativo de Costa Rica, e hijo de padres que gozaban de una posición holgada, había dedicado su corazón a una gentil doncella, a la cual decidió unir su destino. Pero era a la vez hijo de una madre religiosa, para quien guardaba además del cariño de hijo, la veneración y el respeto que inspira una vida esencialmente piadosa y cultora de todas las virtudes. Ella había

soñado que su hijo fuera sacerdote; consideraba que el timbre más glorioso de su hogar y de su familia sería la ordenación de aquel joven y que el día que cantara la primera misa, viviría en su alma con el recuerdo de la emoción más honda y purísima de su existencia.

El hijo no pudo contrariar a la madre, y en la lucha de su corazón entre el cariño de aquella y el que profesaba a la novia, optó por el sacrificio; renunció a la vida mundana para desposarse con la Iglesia, en homenaje al amor materno.

«Después de alguna lucha, Juan Bautista había consentido. Amaba entrañablemente a su madre, y le hizo el sacrificio de su vida y de su dicha. El había hecho votos fervientes de pureza y castidad y todos los actos de su vida convergían a robustecer sus esperanzas para no violarlas, para no escarnecerlas. Antes que hipócrita y perjuro, mártir y santo. Ante este dilema frío e implacable, el Padre Juan no había vacilado; sí, mártir y santo; su alma gozaría de la venturanza eterna».

Describe el autor la vida libidinosa de otros sacerdotes, perturbadores de hogares, esclavos de la avaricia, usureros en plaza, que el candor y la ignorancia de las gentes rurales no podían evitar ni comprender. Y agrega:

«El Padre Juan ofrecía, pues, el contraste más visible con la conducta seguida por todos sus antecesores. Empapado de las doctrinas evangélicas más puras, podía citarse como varón justo y ejemplar, verdadero Ministro de Dios en esta vida de amargas».

El Padre Juan había heredado una propiedad solariega y mil pesos oro sellado de sus padres. Al recibir su herencia recordó el verso 3.º del Deuteronomio, capítulo 15, párrafo 3.º, según el cual el pastor no tendrá heredad entre sus hermanos; y los versos 8 a 10 de San Mateo, capítulo 10, cuando dice: «No preveáis oro ni plata, ni dinero a vuestras bolsas, ni alforja para el camino, ni dos ropas de vestir, ni zapatos ni bordón. Sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos. De gracia recibisteis, dad de gracia».

Inspirado en estas leyes morales bíblicas, el autor agrega:

«Pocos días después, el Padre Juan Bautista encargó a una buena y caritativa señora que levantara un censo de cincuenta pobres de solemnidad, y un tiempo después los mil pesos habían pasado a manos de esos pobres, a razón de veinte pesos por barba. Cuando algún agradecido llegaba a la casita del Padre, con lágrimas en los ojos, a significarle su agradecimiento, le contestaba: — No soy yo quien le socorre; es mi madre

quien así lo dispuso. Recé por ella y por mí».

Estas virtudes habían exaltado el nombre del Padre Juan entre sus feligreses, de tal suerte, que la autoridad superior resolvió sacarlo del lugar de sus tradiciones sociales para enviarlo de cura a un sitio «que se distinguía por los escándalos de todas clases, y donde el juego, el alcoholismo y la prostitución existían en gran escala». El redentor que se enviaba a esta comarca tenía apenas veintiocho años de edad. Allí pasó una gran parte de su vida en duelo a muerte con el vicio, dominándolo a menudo.

El autor se complace en describir sus luchas, sus torturas, sus martirios y los éxitos de este varón ejemplar «en la plenitud de su vida, cuando Eros cantaba eternamente en su alma las dulces églogas del amor... Oh heroico, divino suicida, solo comparable al santo alucinado de la Tabaida!» Mi distinguido crítico observará que estos sentimientos del libro son, más que elocuentes, bellísimos y edificantes, y están muy lejos de arrastrar la tesis de la obra por el lodo. En efecto, el autor agrega:

«El Padre Juan, propuesto a ser un verdadero apóstol del Crucificado, desde que se resolvió a seguir la carrera sacerdotal, había renunciado al mundo y sus placeres, y empezó su vida dolorosa con el ánimo y la resolución de un mártir. Bastantes ejemplos tuvo a la vista de sacerdotes que solo se distinguían de los demás hombres por su vestidura talar y su tonsura, y esos ejemplos, lejos de tentarlo, lo fortificaron en su propósito. Comprendía que vivir fuera del amor, norte y centro de la vida, era existir como un átomo perdido en la inmensa armonía universal, sin ruta, sin órbita, a veces abrasado por el ardiente calor de un sol que lo atraía, y a veces errante en las nebulosas frías, en las tinieblas de una desolación infinita, lo que constituye el más alto de los martirios a que puede sujetarse el ser humano».

He aquí otros rasgos del carácter de sacerdote de esta novela:

«Todos, o casi todos los emolumentos que recibía en razón de su ministerio, eran para los pobres o para aumentar el escaso ajuar de la parroquia, que ya no carecía como antes, de las cosas más indispensables. En lugar de cubrir su venerable cabeza, que parecía rodeada de un nimbo de luz, con rico sombrero de jipijapa, cubriase con su viejo sombrero de fieltro, ya pelado a fuerza de años y de cepillo, y llevaba una sotana que representaba los colores más caprichosos de un tornasol desesperante. Para los domingos y ciertas fiestas, él tenía otra sotana, flamante, que Tanasia,

su ama de llaves, guardaba como oro en paño en el fondo de su viejo arcón».

La vida social era inspirada precisamente por su ascetismo y por el deseo de evitar murmuraciones que comprometieran a las familias, inspirándose en la experiencia y en las tradiciones recordadas. El autor dice por eso:

«Tampoco gastaba su tiempo, como muchos de sus antecesores, haciendo visitas a familias donde era fama que existían los más bellos palmitos y las mozas más garridas».

El Padre Juan no daba dinero a interés; cosa usual en parte del clero sudamericano, ni lo invertía en propiedades, violando el precepto evangélico, lo cual es también usual y tolerado, pues las testamentarias de sacerdotes suelen demostrar cuantiosos bienes adquiridos con el ejercicio de la profesión religiosa. El Padre Juan trabajaba como zapatero para costear su vida personal, pues había establecido una división de patrimonio entre aquella y lo producido por la Iglesia, que era aplicado absolutamente a sus necesidades y esplendor. Fué, además, un eminente misionero. El autor nos lo dice en estos términos:

«¡Con qué dulzura hablaba siempre! Sus consejos confortaban el alma como un vino espiritual, y su enterezo no se contraía nunca ante los mayores extravíos que oyerá en el tribunal de la penitencia. Sus palabras eran siempre de perdón, llenas de unción evangélica. Yo te perdono hijo mío, así como te perdona el que está arriba. A ninguno de sus feligreses amenazó nunca con la idea de la condenación eterna: lejos de mostrar a Dios como un padre irritado, sordo al clamor del delincuente, impasible ante la pérdida de una alma que arrojó al fuego eterno, lo mostraba como a padre infinitamente amoroso, con la palabra de perdón pendiente de su boca, como un raudal de luz, cuyos fulgores inundaba el mundo. Dios es amor, repetía siempre, ¡Dios es amor!»

No es necesario continuar citando pasajes de la obra análogos a los anteriores, para dejar plenamente exhibido el reverso de la medalla, cuyo anverso le ha tocado hacer a mi distinguido crítico. No es posible afirmar, pues, que la obra, que dibuja con tanta elocuencia y religión este magnífico carácter de hombre y de sacerdote, no inspire un sentimiento de verdad y de condenación de los otros espectáculos de sacerdotes indignos que nos exhibe. El éxito, al contrario, me parece completo. El autor honra a los ministros del altar buenos y sanos, y exalta el deber social de conocer y desdenar a los malos. ¡La obra es, por ende, moral y útil a la Iglesia!—ESTANISLAO S. ZEBALLOS

Buenos Aires, Mayo 1917.

Breviario Intelectual

Parini o de la Gloria

Por Giacomo Leopardi

La infinita vanidad de todo, cantó con amargara desesperada en la mayoría de sus cantos el cisne sombrío de Recanati. De la lectura de ésta que es una de sus *Pequeñas obras morales* resulta también la reprobación de la infinita vanidad de esa gloria tras la cual se despeña, cual jauría hambrienta, una multitud de artistas mediocres y fecundos.

Saturado de un optimismo verdadero — aún cuando la mayoría de quienes lo lean lo llamen biblia del pesimista — este pequeño opúsculo presenta a semejanza de las demás obras, grandes y breves, del mismo Leopardi, una profundidad de ideas que obliga al alma a recojerse dentro de sí misma y a meditar, en una abstracción absoluta, en conceptos que no es común hallar en otros libros de mayor volumen y de mayor celebridad.

El pesimista de los pesimistas, aquel que pronunció el enunciado trágico del binomio Amor y Muerte, exige para ser gallardamente impresionado por lo bello y por lo grande, como única y perfecta condición la de creer que en la existencia humana pueda haber algo de grande y de bello en realidad.

Pide al contemplador saturarse de espíritu de belleza interna para sentir, como debe ser sentido, el infinito mundo de bellezas que nos rodea y que para evidenciarse, no pretende sino ojos repletos de admiración y de afecto. Ante miradas así, lo feo desaparece, se hunde en las tinieblas como las hordas demoníacas ante las irradiaciones de la luz divina.

Leopardi pide que haya, en los humanos, ansias para ver lo bello y lo bello surgirá, como por milagro, como por milagro ante la convicción admi-

rable del marino genovés surgieron de las ondas inquietas del Atlántico indomable las azules y fecundas montañas del continente americano.

Para el cantor que supo ver con ánimo sereno la omnipotencia de la muerte, es la indiferencia, la pasión horrible entre las pasiones, la que ahoga cuanta nobleza de espíritu surge en el mundo, la que destruye cuanta generosidad de corazón despierta en el fondo divino de los humanos.

Amarlo todo intensamente, odiarlo todo también intensamente son dos extremos que, como tales, han de dar resultados importantes para quien siente esas pasiones. La indiferencia, que a veces es la máscara de la ignorancia y a veces lo es de la perversidad, convierte al hombre en un ser impregnado de frivolidad y lo incapacita para sentir los altos anhelos que obligan al ser inteligente a internarse en lo más hondo de las almas humanas y a obtener luz de las más íntimas cualidades de los seres vivos y también de aquellos que aparentemente no lo están.

Más allá, en su ansia de suprimir de entre las aspiraciones de los mortales el anhelo estúpido de una gloria más o menos merecida, Leopardi trata de la filosofía de la cual, según su profundo entender, dependen por completo todas las letras que llamamos amenas. Pone, en el origen de las disciplinas intelectuales, la filosofía que a su vez hace derivar del insaciable deseo que siente el hombre de verlo todo, al mismo tiempo que con infinito amor, con perfecta visión de las razones que dan nacimiento a la totalidad de los fenómenos de la Naturaleza. Y al hablar de los filósofos que a más de sutileza de in-

genio y gran facultad de raciocinio, necesitan potente fuerza de imaginación, cita a Descartes, a Galileo, a Leibnitz, a Newton, a Vico. Poderosa intuición la de los genios verdaderos. En el fondo real de la filosofía, Leopardi, como venero del cual brotan todas, absolutamente todas las actividades intelectuales, supo ver las eternas, enigmáticas y clarísimas Matemáticas, que son las únicas disciplinas de la inteligencia que dan el hábito y la aptitud de contemplar, en una sola, muchísimas ideas que de aquella son corolarios, de seguir desenvolviendo de un concepto, una teoría casi infinita de verdades conexas entre sí y que forman el admirable edificio de una Geometría Proyectiva o de un Cálculo Infinitesimal, de descubrir las sutiles y recónditas junturas que cada verdad tie-

ne con ciertas otras llegando a establecer la Geometría Analítica que es una de las más extraordinarias conquistas que la inteligencia humana ha llevado a efecto.

Es así cómo este pequeño libro que trata de demostrar la inmensa nulidad de la gloria, satura el alma del más sano de los optimismos: la lleva, como Virgilio al Dante, por entre las horribles visiones del infierno de la vanidad y por entre las dolorosas escenas del purgatorio del orgullo, hacia las amplias y radiantes regiones en donde reina la más excelsa de las pasiones: esa pasión sincera que pone miradas de admiración en los ojos, frases de bondad en los labios y amor, mucho amor en los corazones.

José Fabio Garnier

(Inédito).

Hombres de Francia



M. CLEMENCEAU,
Presidente del Consejo

El soldado de Maratón

(Armand Renaud)

Entre diez mil soldados era un soldado oscuro;
y cuando bajo el cielo radiante, azul y puro,
oyéronse del triunfo los gritos y el tropel,
de la dichosa nueva ser quiso el mensajero,
y a la ciudad lejana raudo partió el primero,
agitando un laurel.

Sin detener un punto la carrera emprendida
avanza en su camino, y exánime, sin vida,
de las puertas de Atenas cayó bajo el dintel.
Feliz quien muere dueño de su ideal lejano,
con una luz en lo íntimo del alma, y en la mano
un ramo de laurel.

Ismael Enrique Arciniegas

Notas de la Guerra



LA BATALLA EN PICARDIA

Oficiales y soldados del regimiento que han defendido Grivesne

Los Canjes de Athenea

- Cuba Contemporánea*, de Habana, Cuba.
Letras, de Quito, Ecuador.
Hebe, de Buenos Aires.
Letras, de Santo Domingo, Rep. Dom.
Renacimiento, de Amapala, Honduras.
La Lectura, de Comayagüela, Honduras.
Germinal, de Tegucigalpa.
América Futura, de Nueva York.
El Marconigrama, de Londres.
Inter América, de Nueva York.
Revista Universal, de Nueva York.
Comercio Ecuatoriano, de Guayaquil.
Cultura, de México.
Cromos, de Bogotá.
El Gráfico, de Bogotá.
La Reforma Social, de Nueva York.
Ediciones Mínimas, de Buenos Aires.
Mercurio, de Nueva Orleans.
Patria, de Guayaquil, Ecuador.
La Primada de América, de Sto. Domingo.
Actualidades, de San Salvador.
El Foro Nicaragüense, de Managua, Nic.
La Revista Nueva, de Panamá.
La Revista Escolar, de Panamá.
América Latina, de Londres.
Psiquis, de Habana, Cuba.
Los Vecinos, de los Angeles, Cal.
Patria Nueva, de Habana, Cuba.
El 18 de Junio, de Matagalpa, Nic.
El Independiente, de León, Nicaragua.
Diario de Occidente, de Santa Ana, S. Salv.
La Palabra, de San Salvador.
Juan Rafael Mora, de Honduras.
Diario Ilustrado, de Guayaquil.
Lectura Popular, de Panamá.
La Nacionalidad, de Diriamba, Nic.
El Nuevo tiempo, de Tegucigalpa, Hond.
Atlacatl, de San Salvador.
El Heraldo de México, Los Angeles, Cal.
- Registro Municipal*, de Panamá.
Los Domingos, de Managua, Nicaragua.
Heliós, de Buenos Aires.
Aristides Rojas, de Mérida, Venezuela.
Revista de la Asociación Rural del Uruguay, Montevideo.
Revista de la Universidad Nacional de La Plata, Rep. Argentina.
Revista de Filosofía, de Buenos Aires.
Revista Universitaria, de Lima, Perú.
Anales de la Universidad de Quito, Ec.
Revista de la Universidad Nacional de Córdoba, Rep. Argentina.
El Siglo, de Bogotá, Colombia.
El Turf, de Guayaquil, Ecuador.
El Cronista, de León, Nicaragua.
Boletín del Colegio de Abogados, de Madrid.
Boletín de la Biblioteca Nacional de México, de México.
Boletín de la Biblioteca Nacional de Rio Janeiro, de Rio Janeiro, Brasil.
La Nación, de Barranquilla.
Mercurio Peruano, de Lima, Perú.
Revista de Derecho y Ciencias Sociales, del Uruguay.
Virya, de San José, Costa Rica.
El Foro, de San José, Costa Rica.
La Obra, de San José, Costa Rica.
Colección Renovación, de San José, C. R.
Eos, de San José, Costa Rica.
El Derecho, de San José, Costa Rica.
La Prensa Libre, de San José, Costa Rica.
La Verdad, de San José, Costa Rica.
El Viajero, de Puntarenas, Costa Rica.
El Heraldo, de Puntarenas, Costa Rica.
Renacimiento, de Cartago, Costa Rica.
 Toda correspondencia relativa a ATHENEA debe dirigirse al apartado 113 y no al 572 como se ha venido haciendo.

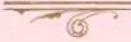
Los intelectuales se van

Roberto Brenes Mesén.— Es inevitable, Brenes Mesén se va para los Estados Unidos y deja —tal vez por mucho tiempo— esta Costa Rica que tanto lo ha combatido y por la que él tanto ha hecho. Se va nuestro colaborador y amigo, el maestro de la juventud, el entusiasta impulsor de las letras en nuestra patria. Brenes Mesén trabajará en uno de los principales colegios de la Gran Nación del Norte, en una Cátedra de Filología. Aquí no pudimos conservar-le y busca en dónde desplegar mejor sus alas. Seguro que el querido amigo nuestro hará en el extranjero mucho por su país y pronto quizás oiremos el nombre de Costa Rica en la gloria de su nombre.

Modesto Martínez, el periodista admirado, también vislumbró allá, sobre el mar, lo que no podía tener entre nosotros; y se va, primero al Norte, para ir luego a la Argentina y a Chile. Es indudable que *La Información* pierde con el incansable y ameno escritor, a un elemento insustituible.

Nosotros, al ver alejarse los amigos, y al mirar que en su morral también va el ánimo que lleva al triunfo, nos quedamos a la orilla, batiendo en los aires el pañuelo que les despide, seguros de que lo conseguirán todo.

ALSINA

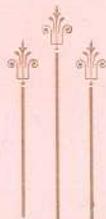
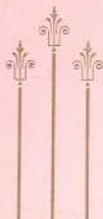


IMPRESA

LIBRERIA Y PAPELERIA

Inmenso surtido
de útiles
para escuelas

Medalla de Oro en la Exposición Nacional



CREMA IDEAL PARA CURAR LAS GRIETAS

NIEVE FILODERMA

CREMA IDEAL
PARA QUEMADURAS DE LA PIEL

Su acción refrescante y anti-céptica hace que el cutis esté siempre limpio y terso. No contiene productos tóxicos ni grasosos.

BOTICA FRANCESA

SAN JOSE, COSTA RICA

Pida una suscripción a «El Comercial» periódico que se edita en esta ciudad semanalmente.

Se le enviará GRATIS y así tendrá Ud. importantes noticias de todo.

Dirigirse al apartado 375